

BIBLIOGRAFÍA

Prior, William J.: *Virtue and knowledge. An Introduction to Ancient Greek Ethics*, Routledge, London, 1991, 224 págs.

Aclara el autor en el prefacio que no es este un libro para especialistas. No se tiene por ello en controversias de escuela, ni en la exposición de diversas interpretaciones puntuales. Por el contrario, está concebido como una obra introductoria que intenta proporcionar una comprensión general de la ética antigua. Logra su objetivo. El libro, de acuerdo con el título, centra su atención en el concepto de *areté* y en el de sabiduría, que reflejan certeramente el espíritu de la ética antigua.

Para detectar las notas fundamentales de estos conceptos en la Grecia antigua es preciso atender a las obras que durante generaciones señalaron entre los griegos paradigmas de comportamiento: la *Iliada* y la *Odisea*. Allí, en las figuras de Aquiles y de Odiseo se nos ofrecen dos imágenes del héroe, en parte semejantes y en parte diferentes. En Aquiles brilla ante todo un cierto tipo de *areté*, pero le falta la sabiduría práctica que es imprescindible para el éxito. Por esta sabiduría práctica destaca Odiseo. *Areté* y sabiduría práctica son dos claves en la ética antigua, que se concibe a sí misma como una ética de la eudaimonía, de la felicidad. Pero son dos claves insuficientes. No bastan para el logro de la felicidad, sino que es preciso el favor de los dioses. En caso contrario, sucede lo que reflejan las tragedias de Sófocles, concretamente *Antígona* y el *Edipo*.

Sófocles vivió en el período de esplendor de Atenas, pero fue testigo del comienzo de su declive, con la guerra del Peloponeso. A partir de entonces, el estado de ánimo de Grecia se refleja bien en la figura del sofista. El sofista cuestiona la validez del *nomos* tradicional. En sus viajes ha descubierto que las leyes de cada ciudad difieren entre sí, aunque todas ellas las reciban como venidas de los dioses. El sofista genera escepticismo moral, pero también reacciones tradicionalistas, aunque intelectualmente poco fundadas. Paradójicamente, el único capaz de hacer frente intelectualmente a los sofistas fue rechazado por la polis. Sócrates revolucionó el concepto de *areté*. De ninguna manera respondía a las notas de la *areté* clásica, ni en la apariencia física ni en la palabra. Se atrajo sin embargo numerosos discípulos. Su doctrina fundamental se cifra en que las virtudes son una, que consisten en el conocimiento de lo bueno y de lo malo para el agente, y que el mal es fruto de la ignorancia.

Con su doctrina Sócrates puso de relieve algunas paradojas que Platón, después que él, quiso resolver. En la *República*, la aportación principal de Platón estriba en su división tripartita del alma, y la consiguiente separación de virtudes. Aristóteles le debe mucho a la psicología platónica y a su teoría de la virtud, aunque la rectifique en no

BIBLIOGRAFÍA

pocos puntos. Principalmente debemos a Aristóteles el haber clarificado el papel de la razón en la vida práctica, y haber proporcionado una integración de emociones y razón en la vida moral más satisfactoria que la de Platón.

La ética aristotélica, sin embargo, estaba en estrecha dependencia de la *polis*. De ahí que cuando esta desaparece, por las conquistas de Alejandro, y el Imperio se constituye en la nueva forma política, las consecuencias no se hacen esperar. Concretamente, en lo que se refiere a la identidad del ciudadano. La areté se ejercitaba en la *polis*. Pero ahora ya no hay *polis*. Mengua la participación directa del ciudadano en el gobierno. Desaparecen puntos de referencia. En esta situación decae la religión griega, muy vinculada también a la *polis*. Las religiones orientales y comunidades filosóficas más afines a los antiguos pitagóricos que a la Academia platónica vienen a cubrir ese hueco. Pretenden proporcionar la seguridad que se echaba en falta. Así sucede con el epicureísmo y con el estoicismo. Con estas doctrinas la ética se “universaliza”. Con ello también se desintegra la unidad –precaria, ciertamente, pero unidad– de la ética aristotélica, entre placer y razón.

El libro ofrece una visión clara de la evolución de la ética griega, y abundante materia para la reflexión. En este sentido, tras haber expuesto la desintegración de la ética clásica, concluye diciendo: “nuestra época es ciertamente más parecida a la del Imperio alejandrino y romano que a la época clásica de Atenas, y esto puede explicar el atractivo contemporáneo por el epicureísmo y el estoicismo. Si por otra parte, no estamos satisfechos con lo mejor que estas filosofías helenísticas pueden ofrecer, y deseamos revivir el ideal clásico de plenitud humana, sería necesario revivir la forma clásica de sociedad humana, en la que fue formulado. Quizá la *polis*, es, como Platón y Aristóteles pensaron, la única forma de comunidad en la que los seres humanos pueden perfeccionarse, y no sólo crecer” (p. 224).

Ana Marta González

Saranyana, Josep Ignasi: *La discusión medieval sobre la condición femenina (siglos VIII al XIII)*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1997, 162 págs.

No cabe duda que el autor de este libro se enfrenta con una cuestión de enorme actualidad, pues hace más de siglo y medio que se debate en Europa la opinión que el cristianismo tiene sobre la condición femenina.